

MURIÓ PARA QUE TENGAMOS VIDA

Jesús ha vivido su muerte en una actitud de obediencia y fidelidad total al Padre y, al mismo tiempo, en una actitud de amor y perdón a los hombres. Por eso, su muerte es una muerte de reconciliación y de amor. Una muerte que conduce a la resurrección y a la vida.

La muerte, que era la manifestación suprema del pecado y la ruptura entre Dios y el hombre pecador, se ha convertido ahora en la manifestación suprema del amor y la reconciliación entre Dios y los hombres. Vivida por el Hijo de Dios en obediencia total al Padre y en comunión total con los hombres, se ha convertido en fuente de vida para todos nosotros. "Nuestro Salvador Cristo Jesús ha destruido la muerte y ha hecho irradiar luz de vida e inmortalidad" (2 Tm 1, 10). La muerte de Jesucristo es el gesto supremo en el que se nos revela el amor reconciliador de Dios a los hombres. "En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo y no tomando en cuenta las transgresiones de los hombres" (2 Co 5, 10).

La muerte de Jesús en la cruz no es un acontecimiento aislado y separado de su vida. Es el gesto que resume y en donde culmina toda su vida. Jesús ha ido muriendo para el Padre y por los hombres día tras día, "desviviéndose" por hacer la voluntad de su Padre y por liberar a sus hermanos. Por eso, desde el seguimiento al crucificado los cristianos vamos dando sentido al sufrimiento de cada día y a la misma muerte.

La muerte, por tanto, sin perder su carácter trágico, ha cambiado de signo para el creyente. La muerte ya no es el final de todo. El cristiano no muere para quedar muerto sino para resucitar. La muerte ya no tiene la última palabra.

De ahí que el cristiano, más que prepararse para una buena muerte, debe aprender a "morir bien" en cada momento. Es decir, viviendo la vida diaria como Jesús, "desviviéndose" por la construcción del Reino de Dios y su justicia. Desde aquí el Bautismo cobra un sentido nuevo como el gesto sacramental en el que nos

comprometemos a vivir la vida "muriendo en Cristo", y la Eucaristía nos va ayudando a asimilar el morir de Jesús para participar también un día de su resurrección.

Los cristianos vemos desde Cristo con una esperanza nueva no sólo nuestra muerte sino también la muerte de los demás, las muertes grandes y las pequeñas, las muertes valientes y las cobardes, las muertes significativas y las ridículas. Desde esta misma esperanza aprendemos a afrontar con otro sentido el envejecimiento y la muerte de las culturas, de las ideas, de la creación entera. Todo lo que vive, camina de alguna manera hacia la muerte. Pero Cristo, esta es nuestra fe y en esa esperanza vivimos, ha vencido a la muerte.

MANUEL POZO OLLER,
Vicario Episcopal